

favorable y acertado gobierno á nuestro Excelentísimo Señor Virey y sus sucesores, y á este real senado y cabildos.

Y yo, indigno esclavo vuestro, me hallo en la presente ocasión el más necesitado de los divinos auxilios para el próximo concilio provisional, que deseo empezar y acabar para mayor gloria de Dios, exaltación de la santa Iglesia americana, extirpación de los vicios y salud de todas las almas. Socorred al Vicario de Cristo, y, abrigándome bajo de vuestro manto celestial, á que todos nos debemos acoger, tomando con la mano derecha el manto y con la izquierda la túnica, que todo lo significa así el ángel para nuestro patrocinio. No soy digno de llamarme vuestro capellán, y propongo, con vuestro amparo, dirigir todas mis atenciones al mayor servicio de Dios y consecución de su gloria. Amén.

EL BACHILLER LUIS BECERRA TANCO

LIBRO VI

ORIGEN DE LA MILAGROSA IMAGEN

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

POR

EL BACHILLER LUIS BECERRA TANCO

(Publicada por primera vez en 1666)

Capítulo I

Prólogo Póstumo del bachiller Luis Becerra Tanco,

*Presbítero, Cura beneficiado que fué de este Arzobispado
Lector de la lengua mexicana en la Real Universidad de este Reino, Examinador Sinodal
de dicha lengua, y Catedrático de Astrologia en propiedad en la
dicha Universidad*

POR haber sabido á los principios del año pasado de 1666, que el muy venerable Deán y Cabildo, Sede vacante de esta Santa Iglesia de México, Cabeza y Metrópoli de este Reino de la Nueva España, pretendía hacer averiguación jurídica sobre la Aparición de la Virgen María Señora nuestra en el Cerro que los naturales llaman *Tepeyacac*, extramuros de esta ciudad, y del origen de su milagrosa Imagen, que se nombra de GUADALUPE, por no haberse hallado en los archivos del Juzgado y Gobierno Eclesiástico escritos auténticos que prueben la tradición que tenemos de tan insigne prodigio, el cual había de sepultar la incuria y omisión en el túmulo del olvido: juzgué que me corría obligación de poner por escrito lo que sabía de memoria, y que había leído y re-

gistrado en mi adolescencia, en las pinturas y caracteres de los indios mexicanos, que fueron personas hábiles y de suposición en aquel siglo primitivo. Escribí, pues, en suma lo que pude acordarme entonces, por haber entendido que unos cuadernos de mi letra, en que había copiado esta y otras antigüedades de este reino, se habían perdido en poder de una persona de autoridad, que me los había pedido y era ya difunto. Y aunque es así que otros ingenios muy aventajados han expresado con más vivos colores esta tradición; no han sido tan exactos en el escrutinio de esta historia, que no se les haya quedado algo por falta de noticias, y por no haber tenido de quién poderlas saber radicalmente, con que el progreso de lo historial quedó diminuto; y asimismo por no haber tenido entera comprensión de la lengua mexicana, en que se escribió y pintó lo acaecido en este milagroso principio de la Bendita Imagen de la Virgen Santísima Señora nuestra, por mano y letra de los naturales que lo pintaron y escribieron luego, como prodigio memorable. Con que recayó en mí este cuidado, por el que yo puse en mi adolescencia en adquirir la inteligencia del idioma mexicano, y de los antiguos caracteres y pinturas con que historiaron los indios hábiles los progresos de sus antepasados, antes que viniesen los españoles á estas provincias, y lo que sucedió en aquel primero siglo de su agregación á la monarquía de España.

Llegó este mi desvelo á noticia de las personas que solicitaban la averiguación del milagro; y así me requirieron según derecho, para que presentase lo que tenía escrito, y lo jurase como testigo: hice lo que se me ordenó, con singular gusto mío, porque el transcurso del tiempo no borre de la memoria de los hombres un beneficio

tan singular, obrado por la Virgen Santísima en decoro de la patria, cuyas glorias debemos conservar sus hijos. Después de esto, muchas personas de prendas me hicieron instancia para que lo imprimiese á la honra y gloria de la misma Señora, que vino á declararse protectora nuestra. Imprimiéronse algunos cuadernos, que repartí porque se divulgase; y con esta ocasión vine á descubrir los papeles que tenía perdidos sin esperanza de recuperación. Y habiendo hallado en ellos más expresa y dilatada la tradición del milagro, con algunas circunstancias que no alteran lo sustancial del primer escrito, sino que antes corroboran su verdad, y que satisfacen á las dudas que pudieran ofrecerse, y que sin duda alguna excitarán la devoción de los fieles á la veneración del Santuario, en que se guarda una santa Imagen tan digna de estimación por su origen: me pareció conforme á razón, que se hiciese segunda impresión, para que el primer escrito saliese añadido y enmendado, y menos sujeto á peregrinas impresiones, dándose á las prensas contra el eficaz impulso de la emulación, que les imponía silencio á los primeros, y aunque pudiera exhornar mi escrito con autoridades de letras divinas y profanas; tuve por indecoroso á la verdad el buscarle ornato de palabras con que vestirla, cuando se trata de hallarla desnuda: juzgando por superfluo el afectar gallardía y suavidad de estilo, porque el culto y hermosura de las razones es muy propio de aquellos que no suelen coger de sus escritos otro fruto que su dulzura; pues, como dijo Platón, *cum de re agitur, frusta elegantiam, aut ruditatem verborum attendimus*; y á su semejanza Boecio, *in scriptis, in quibus rerum cognitio quæritur, non luculentæ orationes lepos, sed incorrupta veritas exprimenda est.*

haber sido el de *Tolpetlac*, en que era vecino) al templo de Santiago el Mayor, Patrón de España, que es en barrio de *Tlatelolco*, doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, á oír la misa de la Virgen María. Llegando, pues, al romper del alba, al pié de un cerro pequeño que se decía *Tepeyacac*, que significa *extremidad ó remate agudo de los cerros*, porque sobresalen á los demás montes que rodean el valle y laguna, en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca; y el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá después de esto: oyó el indio en la cumbre del cerrillo, y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que, según dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coros los unos á los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetía el cerro alto, que se sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde á su estimación se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso arco Iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un suave arrobamiento, sin temor ni turbación alguna, sintiendo dentro de su corazón un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo? ¿ó adónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites, que llamaron nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?* Estando en esta suspensión y embelesamiento, y habiendo cesado el can-

Capítulo II

Tradición del milagro

CORRIENDO el año del nacimiento de Cristo Señor Nuestro de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México, y su provincia de la Nueva España cumplidos diez años y casi cuatro meses; extinguida la guerra, y habiendo comenzado á florecer en aqueste Reino el Santo Evangelio, sábado muy de mañana, antes de esclarecer la Aurora, á nueve días del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos á nuestra santa fe católica, el cual en el Santo bautismo se llamó *Juan*, y por sobrenombre *Diego*, natural, según fama, del pueblo de *Cuautitlan*, distante cuatro leguas de esta ciudad hacia la parte del Norte de la nación mexicana, y casado con una india que se llamó *María Lucía*, de la misma calidad que su marido, venía del pueblo en que residía (dícese

to, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decían, que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado.

Capítulo III

Las apariciones

Primera aparición

Mió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se vé en su bendita Imagen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, antes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje, dijo *que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales, que allí nacen pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinas de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes: y hablándole aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:*

—*Hijo mío, Juan Diego; á quien amo tiernamente,*